

franco-tiradores nos rodeaban. A un extremo de la calle Real se veía bajo los pliegues de la sagrada bandera de Ginebra, el hospital de sangre, en cuya puerta departían ciudadanos de todas las naciones, atraídos por la caridad, llevando al brazo la enseña blanca con la cruz roja de la ciudad republicana, que ha querido aliar la humanidad con la guerra. Los coraceros envueltos en su capa blanca, los infantes de encarnado uniforme, los ingenieros vestidos de paño negro azulado, los zuavos con su aspecto oriental, los voluntarios pontificios de traje gris ribeteado por vivos carmesíes, y sus oficiales con los trajes celestes recamados de áureos galones; los soldados americanos, caballeros de la democracia universal que se acuerdan de Lafayette y pagan á Francia una deuda olvidada, todos de aspectos y de maneras severísimas que recordaban los antiguos puritanos; los irlandeses agrupados en torno de su bandera verde; tantas legiones, si decían algo á los ojos, de-

cian más al pensamiento, pues recordaban que ya un pueblo libre no representa sus propios intereses, sus propias ideas, sino que transfigurándose en el Tabor de sus instituciones, representa las ideas y los intereses de la humanidad. Francia necesitaba una época de disciplina severa que le devolviese la energía perdida en el sensual y orgiástico Imperio. La sociedad no quiere que el equilibrio de la vida humana se pierda, y lo restablece por grandes y terribles catástrofes. Diez siglos de penitencia en los claustros costó al mundo el epicureísmo de Roma imperial. Y cuando el ascetismo llegó á extremarse, vino el Renacimiento á devolver á la humanidad las formas paganas, y la embriaguez de la vida en la naturaleza. El equilibrio humano jamás puede perderse. Francia en las presentes desgracias adquirirá la austeridad que necesita para salvar y conservar la República. Tal es mi fé; tal es también mi esperanza.

CAPITULO LXXVI.

¡PENAS TERRIBLES!

Día 22 de Noviembre.

¡Quién conocería hoy á París! La antigua Sibarís de los placeres infinitos, de las cenas babilónicas, de los bailes vergonzosos; el asilo del vicio, el templo de la sensualidad, severa, recogida, como en su viudez la Jerusalén del profeta, se baña en fuego, se limpia de todas sus manchas, y se purifica en una purificación radical y profunda que trascenderá á toda la humanidad. El dolor es un elemento regenerador en la vida. Su virtud lo convierte en redención. París, París hoy, asediada, reducida á comer carne de asno y de caballo, coronada de fuertes en vez de flores, presa de la guerra, con el cañoneo por toda música, el combate por todo espectáculo, y el sayal del soldado por todo lujo, parece más envidiable que aquella ciudad de las delicias sin cuento, de las fiestas sin número, donde el arte trenzaba todas sus coronas, donde los refinamientos de la cultura humana hacían todos sus prodigios; porque París hoy aprenderá en esta triste pasión, que los pueblos viven, no tanto de su riqueza y de su indus-

tria, como de esa vida moral cuya fuente se encierra en el seno de la libertad. Padecer, cuando se padece por la justicia, es progresar, es revivir en las cimas de lo ideal. La guerra, el incendio, el hambre, las trombas de metralla, las tempestades de fuego, el asalto en que enemigos rabiosos y delirantes renuevan los antiguos sacos de Roma, podrán aventar las cenizas de la gran ciudad á los cuatro puntos del horizonte; pero no podrán extinguir ese espíritu, ático por lo brillante, romano por lo universal, que ha divulgado la idea del derecho entre los pueblos y la ha grabado indeleblemente en la conciencia humana, como el sol de la moderna sociedad.

De vez en cuando llegan á nuestras manos cartas que algún amigo nos envía, sin que pueda esperar la respuesta. Por ellas, por la diligencia de los periódicos, y sobre todo, de los periódicos ingleses, puede formarse aproximada idea de París, de ese París sitiado, de ese París mártir, que defiende las dos causas más caras al corazón humano, la causa

de la independencia de las naciones, y la causa de la República universal.

La mayor parte de sus magníficos bosques ¡ay! están talados; los hermosos pueblos de los alrededores, llenos de quintas, que los jardines bordaban, todos están desiertos. Sus habitantes han huido, llevándose consigo los ajuares, como los antiguos vencidos se llevaban los penates. Los fuertes destacados lanzan gruesos proyectiles, despedidos por la poderosísima artillería de marina. Los fuertes ó bastiones del recinto se hallan ligados entre sí por murallas de tierra hechas con arte, con primor, prueba de que París en su asedio, como los griegos en su muerte, jamás olvida el culto religioso á la hermosura y al arte. Detrás de estas murallas se alzan barricadas con coraza, especie de buques inmóviles, último seguro de una desesperada defensa. Los grandes edificios tienen sus ventanas tapiadas por sacos de arena, y el arco de la Estrella soporta sobre su cima una grande batería de cañones marítimos.

En las calles se ven por todas partes uniformes, que muestran un hecho capitalísimo, la elevación de todos los ciudadanos á la alta dignidad de soldados de la patria. Los edificios mayores y más magníficos; el palacio de la Industria, testigo de tantas fiestas; las Tullerías, asiento del César, ó son hospitales de sangre, ó son cuarteles. Las casas particulares tienen el deber de dar alojamiento. Y tras de las murallas se extienden grandes barracones que sirven de abrigo contra las inclemencias del invierno á los batallones en vela. Muchas veces acampan al aire libre los elegantes del boulevard y del bosque, y se dan por contentos cuando topan con un buen guijarro sobre el cual pueden reclinar sus cabezas. Este sitio será para los parisienses como una escuela de Esparta. En él aprenderán los antiguos epicúreos que el can-can perpetuo, la orgía substituida á la mesa de la familia, el erotismo al amor casto y uno, la indiferencia por la vida pública á la saludable dis-

ciplina de la libertad, concluye, como todos los grandes crímenes, como todas las abominaciones, por exigir una espacion, por traer un castigo.

Aparte de esto, las calles presentan su aspecto habitual, si bien ménos cuidadas y barridas. Los niños juegan como siempre en los campos Elíseos, en el jardín de las Tullerías, en el Luxemburgo, cuidados por sus madres y sus ayas que, por regla general, hacen hilas. Algunos curiosos se van hácia la parte donde suena el cañon, para descubrir con catalejos de todas dimensiones á los enemigos, sus trabajos, sus obras. Se disputa mucho respecto á la defensa. Se controvierten las cualidades del general Trochu. Segun los más exaltados, jamás tuvo un general sobre sí destinos tan altos, tan universales y humanos; Milciades en Marathon, llevaba sobre su responsabilidad los destinos de Grecia; Escipion en Cartago los destinos de Roma; César en Pharsalia los destinos del naciente Imperio; pero Trochu, al personificar la defensa de París y la defensa de la República, ha en su personalidad asumido los destinos del género humano. Hay diversidad de pareceres sobre su aptitud, pero unanimidad sobre su honradez; ventaja no escasa en estos perturbados tiempos en que tantos crímenes han sembrado en los ánimos tantas y tan ponzoñosas sospechas. Sobre quien no hay disputa posible es sobre Dorian, el ministro de Obras públicas, antiguo y probado republicano. Él ha dirigido los trabajos, él ha organizado los ejércitos de trabajadores, él ha concluido esas inexpugnables fortificaciones, él ha fundido esos millares de cañones que defienden á la inmortal ciudad, él ha hecho las barricadas, él ha construido la defensa con una celeridad de accion y con una exactitud científica que le pondrán en lo porvenir junto á las grandes glorias de su patria.

Los alimentos, á pesar de las muchas provisiones hechas, van escaseando. La carne de vaca y la carne de carnero se expenden por

racion. Para racionarse precisa recoger una papeleta en casa del alcalde de barrio. Con esta papeleta acuden los vecinos á las puertas de las carnicerías. Desde el alba, antes del alba, se agolpa la gente, formando una inmensa cola como en tiempos normales á las puertas de los teatros. Pero si hay que dar la carne de vaca y de carnero por racion, abunda la carne de caballo, la carne de perro, la carne de gato, hasta la carne de rata, carnes que se consumen siempre en los sitios, y que parecen al paladar adobado por el hambre excelentes viandas. Un carnicero ciñó su tienda de flores, ciñó coronas de fresco y verde laurel á sus gatos, á sus perros, á sus caballos muertos; y anunció que para ser buen patriota y buen republicano, se necesita hoy en París, como de un gran corazón, un gran estómago.

El animal, cuya carne ha tomado un crédito extraordinario en estas circunstancias difíciles y extraordinarias, el animal querido y reputado por su sabor, por sus buenas cualidades alimenticias, el animal, que proporciona los manjares por excelencia, es el burro. Todo el mundo dice que esta carne, por lo tierna y sabrosa, se parece mucho á la carne de ternera. La libra de vaca cuesta treinta sueldos franceses, franco y medio, precio fabulosamente barato para un sitio. En Gerona, costaba una rata cinco reales cuando su inmortal sitio por la independencia de España. Manteca no se encuentra fácilmente. Pero en cambio hay azúcar, thé, café, vino sobre todo, en prodigiosa abundancia. El pan se expende al precio ordinario. Y si la carne abundara como el pan, no podría París rendirse al hambre ni en el espacio de un año. Pescado, naturalmente no tiene. Están reducidos á la pesca del Sena, donde se cojen unos pececillos denominados *goujons*, que suelen comerse fritos, rebozados con huevos, y son riquísimos. En los terrenos pantanosos se plantan toda suerte de hortalizas.

B.

Las reuniones públicas menudean. Fuerza es decirlo: no suele haber en estas reuniones la prudencia y la sabiduría políticas que sólo adquieren los pueblos en la escuela severísima de la libertad. Siempre en la mayoría de los oradores predomina el criterio de la fantasía; siempre el ideal es una utopía; siempre el medio del progreso, la violencia y la revolución; siempre el fin, uno de esos apocalipsis sensuales acreditados y divulgados por el antiguo Imperio, para apagar la conciencia, para corromper los caracteres, para quitar al ideal severo, estóico, de la República, ese culto del alma que engendran las legiones de héroes y mártires, cuyos esfuerzos y cuyos sacrificios transforman las sociedades humanas. Pero hay mucha gente que se asusta de las reuniones públicas y que las cree destinadas á perder la libertad. El deseo de la perfeccion absoluta nos pierde en política. Y el mal entra como una levadura necesaria en nuestra vida contingente y limitada. Hay gentes que quisieran aire sin viento, mar sin tormentas, nieve sin frío, sol sin calor, agua sin humedad, discusiones sin errores, libertad sin agitacion, clubs sin ruido. Es necesario amar la libertad con todos sus inconvenientes; porque sus errores, sus violencias, sus delirios, sus tropiezos, sus extravíos, señales son de vida, en tanto que son señales de muerte el silencio, la quietud, la parálisis, la atonía del despotismo. Ya lo dijo Tácito: «Prefiero los peligros de la libertad á la quietud de la servidumbre.»

París, en medio de todo, no puede olvidar su antiguo culto á las artes. Ora sea para contrastar las reuniones públicas, ora para distraer los ánimos embargados con las preocupaciones guerreras, hánse abierto conferencias. Los oradores hablan continuamente en ellas de ideas, de enseñanzas relacionadas con el sitio de París, ó con la proclamacion de la República. Las letras, las artes, son también asuntos de sus discursos. Francisco Sarcey ha hablado de la moral en las